

ROBERT SKIDELSKY, *EL REGRESO DE KEYNES.* Crítica, Madrid, 2009

Luis Fernando Lobejón¹

Departamento de Economía Aplicada
Universidad de Valladolid

Las decisiones adoptadas recientemente en numerosos países desarrollados parecen mostrar que finalmente los mercados han triunfado. Son cada vez más escasas las voces que siguen reclamando la regulación de éstos y cada vez más débil la oposición a las medidas públicas que tratan de satisfacer sus exigencias. La crisis, lejos de hacer mella en la imagen y en el poder de esos mercados, puede acabar encumbrándolos.

El texto de Robert Skidelsky es una referencia interesante para quienes, en medio de este extraño (y, en principio, inesperado) panorama, aspiran a mantener una perspectiva coherente y crítica. Sus argumentos permiten profundizar en el conocimiento de la dinámica que ha conducido a la situación actual y son muy útiles para reflexionar en torno a la responsabilidad que esos mismos mercados tienen en lo ocurrido en los tres últimos años.

Siguiendo a Skidelsky, y en última instancia, al autor que constituye su referencia permanente (John Maynard Keynes), los acontecimientos económicos recientes –incluyendo el sorprendente viraje de los últimos meses– sólo se explican cuando se asume la importancia que tienen las ideas económicas. Al fin y al cabo, como se apunta en la Teoría General, y como Skidelsky recuerda en este libro, *"las ideas de los economistas y los filósofos políticos, sean correctas o erróneas, son más poderosas de lo que se suele suponer. De hecho, por poca cosa más se rige el mundo"*.² Confirmando esta idea, el origen de la crisis actual y la falta de previsión con que estalló guardan una estrecha relación con el pensamiento económico que ha dominado el entorno académico en los últimos años. Sus partidarios no dudan en defender cualquier reacción del mercado, aunque sea desestabilizadora y conduzca a situaciones inesperadas que contradicen el pretendido carácter auto-regulador de éste.

De acuerdo con Skidelski, a raíz de la crisis "[...] el estallido de lo que se dio en llamar <<teoría del mercado eficiente>> debería haber llegado hasta el cielo".³ Sin embargo, es evidente que esto no ha ocurrido. Ha bastado un breve período de intervenciones

¹ flobejon@eco.uva.es

² R. Skidelsky (2009): El regreso de Keynes, Madrid: Crítica, p.48.

³ Idem, pág. 13.

masivas y urgentes de las autoridades económicas de los países más importantes (actuaciones completamente al margen del mercado) para que la etapa de mayor conmoción e incertidumbre se haya superado y para que el debate teórico haya pasado a un segundo plano. Las mismas ideas que imperaban en el periodo anterior a la crisis vuelven a prevalecer, prácticamente como si nada hubiese ocurrido.

Antes de que ese debate cesara, Skidelsky escribió este texto, cuyo interés radica, no sólo en la lucidez de sus argumentos, sino en que no se circunscribe al análisis de la crisis en sí, a la que, de hecho, sólo se consagra la primera parte. El libro pasa revista, además, a las pautas que han marcado la evolución general del pensamiento económico desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta nuestros días. El hilo conductor es siempre la obra de Keynes, a la que el autor presta atención en todas sus facetas, incluyendo aquellas que trascienden de lo estrictamente económico y se adentran en el terreno del debate filosófico y las posiciones políticas.

El primero de los dos capítulos dedicados a la crisis trata de colocar en el lugar que realmente les corresponde a los agentes e instituciones que en muchos estudios han aparecido como sus culpables (las agencias de calificación, los *hedge funds*, los bancos centrales, los reguladores o los gobiernos). Según Skidelsky todos ellos obraron con arreglo a su lógica, pero sobre todo, de acuerdo con un marco teórico en el que, como se ha señalado previamente, habría que buscar el origen último de la que se ha revelado como la peor crisis desde la gran depresión. El segundo capítulo profundiza en esa interpretación, destacando los principales puntos débiles que los acontecimientos que se iniciaron en 2007 han puesto al descubierto en ese marco teórico. El autor aprovecha para recordar, por ejemplo, que la utilización de la hipótesis de las expectativas racionales prácticamente descarta cualquier posibilidad de crisis y desaprueba toda intervención pública para hacer frente a sus consecuencias. A pesar de ello, la línea de pensamiento dominante sigue empleando ese supuesto y persiste en la utilización de construcciones formales que ni siquiera tienen en cuenta la existencia de mercados financieros (la teoría de los ciclos reales) o que consideran que éstos funcionan permanentemente de forma eficiente.

El triunfo de este tipo de ideas se ha ido consolidando a partir de los últimos años setenta del siglo pasado, a medida que han ido cayendo en desgracia las principales aportaciones de Keynes al pensamiento económico. La segunda parte del libro (capítulos 3, 4 y 5) se ocupa precisamente del auge y posterior declive de esas aportaciones. Entre todas ellas, Skidelsky destaca la incorporación de la incertidumbre al análisis económico. Para él, como, en general, para quienes se consideran los seguidores más fieles del legado de Keynes, se trata de una cuestión crucial. Sin tener en cuenta la influencia de la incertidumbre no se comprendería bien el papel de la inversión en la dinámica económica ni se podría conocer el verdadero significado del dinero. La consideración de la incertidumbre permite asimismo desmitificar el papel de la econometría, tan ensalzada en la actualidad que, con frecuencia, acaba suplantando al verdadero análisis económico.

La relevancia concedida a la incertidumbre se convierte también, de acuerdo con Skidelsky, en el criterio que permite distinguir entre esos seguidores fieles a los que se ha hecho alusión y quien ha considerado que la esencia del keynesianismo consiste

simplemente en admitir que precios y salarios no son flexibles. Este último punto de vista (el de la denominada "síntesis neoclásica") constituye, según el autor, el sustrato teórico fundamental de las medidas aplicadas por los gobiernos de los países desarrollados durante las tres décadas que siguieron al final de la Segunda Guerra Mundial. El capítulo 5 lleva a cabo un interesante balance de los resultados de la aplicación de ese "keynesianismo bastardo" -utilizando la expresión de Joan Robinson-, comparándolos con los ofrecidos posteriormente por la aplicación de medidas de corte neoclásico. De acuerdo con ese balance, en el período dominado por ese "keynesianismo bastardo" se registraron resultados mucho mejores en cuanto a ritmo de crecimiento o evolución del desempleo. Puede destacarse, además, que no fueron mucho peores los que se registraron en materia de inflación ("*no se pagó ningún <<precio>> en términos de inflación por el elevado empleo y el crecimiento más rápido de la época keynesiana*", se indica en el libro)⁴.

La tercera parte del texto está consagrada al planteamiento ético y al pensamiento político de Keynes. Sus dos capítulos (6 y 7) nos permiten descubrir a un autor abierto y polifacético, que contrasta con el profesional hiper-especializado de nuestros días, que entiende la economía como un cuerpo de conocimiento cerrado y tan formalizado que prácticamente se convierte en una especie de matemática aplicada. Merece la pena resaltar el capítulo dedicado a la visión ética que Keynes tenía del capitalismo. Aunque un tanto desfasada y no exenta de lagunas y deficiencias, esa visión sigue siendo pertinente a la hora de reflexionar sobre algunas cuestiones de gran actualidad. Llama la atención, por ejemplo, la perspectiva crítica que Keynes ofrece del "amor al dinero", incompatible con los comportamientos movidos por la avaricia y la falta de escrúpulos tan frecuentes en nuestros días y tan vinculados con la lógica que desencadenó la crisis⁵. Destacan asimismo las reflexiones acerca del desprecio con que el capitalismo contempla todo aquello que no puede traducirse en un valor monetario, con alusiones concretas a las implicaciones de esa actitud de cara a la consideración de la naturaleza.

El séptimo capítulo, que cierra el texto, lleva por título "Keynes hoy", aunque en realidad intenta trazar el perfil de un hipotético futuro, ajustado a los postulados que defendía este autor. Se trata de la parte del libro de Skidelsky que peor ha resistido el paso del tiempo. En el momento de su publicación existían muchas esperanzas de que se produjeran transformaciones significativas en el escenario económico mundial,

⁴ Ibid., pág. 149.

⁵ Frédéric Lordon, en un texto publicado casi en el mismo momento que el libro de Skidelsky, se pregunta retóricamente, en relación con el origen de la crisis: "¿Quién podría conseguir que instituciones sometidas a la presión de los accionistas se olvidaran de sus objetivos de rentabilidad o que individuos sometidos continuamente a una comparación de sus resultados obviarán que las League Tables determinan sus bonus y sus carreras, es decir, sus vidas? ¿Quién sería capaz, sobre todo, de poner freno a los impulsos de la codicia de esos individuos en el momento en que se abre ante ellos un escenario que les ofrece oportunidades incomparables, que, sólo por profesionalidad, deberían tratar de aprovechar? ¿Qué banquero podría permanecer con los brazos cruzados, viendo crecer la burbuja, mientras sus colegas se enriquecen extraordinariamente?". F. Lordon (2009): El porqué de las crisis financieras y cómo evitarlas, Madrid: Los libros de la catarata, p. 45.

especialmente en lo que concierne al ámbito financiero. Había incluso algunos indicios que apuntaban en ese sentido, como las discusiones sobre la necesidad de impulsar una nueva regulación financiera o las decisiones que parecían reflejar la voluntad de reforzar el papel del Fondo Monetario Internacional, transformándolo en un verdadero banco central mundial. Hoy en día, sin embargo, puede decirse que esas esperanzas prácticamente se han desvanecido. Las reflexiones que aparecen en ese último capítulo han de valorarse, por tanto, en función de su coherencia – que no es precisamente pequeña –, y no con arreglo a su realismo.

Si Skidelsky tuviese que redactar de nuevo este capítulo, o incluso el libro en su integridad, su contenido destilaría menos optimismo y mucha más frustración. Se trata, en cualquier caso, de una variación que afectaría más al tono que al contenido del análisis. El lector puede comprobar que lo esencial de éste sigue vigente, a pesar de que “el regreso de Keynes” que anuncia el título se ha transformado a raíz de los últimos acontecimientos en un episodio fugaz, una especie de “breve visita” de la quedan pocos recuerdos.